

FRACTURAS DE MEMORIA

CRÓNICAS PARA UNA MEMORIA POR VENIR

EDICIÓN REVISADA Y AMPLIADA

MAREN ULRIKSEN
MARCELO N. VIÑAR



HERRAMIENTAS IRREDENTAS

ÍNDICE

Presentación	5
Prólogo a la primera edición	7
Prologo a la edición española.....	17
Un epílogo como prólogo.....	21
Los ojos de los pájaros	27
Un grito entre miles.....	33
Pedro o la demolición.	
Una mirada psicoanalítica sobre la tortura	45
Pepe o el delirio del héroe.....	63
Exilio y tortura	71
La recepción del traumatismo.....	91
Historias de familias, familias en la historia.....	99

PEDRO O LA DEMOLICIÓN. UNA MIRADA PSICOANALÍTICA SOBRE LA TORTURA

El carácter brutal de la tortura nos conduce a una encrucijada-límite que condensa y conjuga la definición de cada destino individual en su articulación con la dinámica histórica de los procesos sociales, del mismo modo que las situaciones extremas de la patología ilustran por amplificación un tipo de problemas que, en situación menos anormal, podrán ser menos fáciles de percibir. Es por ese atajo que al hablar de la *demolición* se pueden poner en evidencia problemas esenciales que tienen que ver con la convergencia de las tareas terapéuticas con las tareas políticas. Los “buenos” científicos nos van a dar las hipótesis explicativas a nivel de la resolución de las angustias primordiales o consideraciones sobre las relaciones objetales primitivas. El “buen” discurso ideológico nos hablará de la formación política del militante, de la solidez de su ideología, de la pureza y de la fuerza de su organización. ¿Se trata con esas pseudo-explicaciones de llenar el espacio y calmar la ansiedad de un verdadero no-saber? Ni unos ni otros nos darán la clave de este dilema que debemos encarar aceptando los riesgos de un verdadero no-saber.

Yo elegí para esta historia el antihéroe y su fracaso. Conozco también la capacidad de sobreponerse a la *demolición*. Sé cómo numerosos militantes han podido resistir a los torturadores y a su aparato, aun al precio de sus vidas. Al elegir el fracaso, creo poder centrar la reflexión sobre la opción más rechazada, más repudiada. Es en esta zona en la cual casi siempre se pueden encontrar algunas verdades esenciales de nosotros mismos.

HISTORIA DE PEDRO

La elección de un destino personal y colectivo contenido en el proyecto de Pedro y de su generación, destino que se les presentaba como el más sano y el más creativo, tenía, por tanto, un aspecto imposible: era incompatible con el objetivo de control geopolítico del continente por el imperialismo. Para el espíritu de un intelectual liberal o de izquierda, impregnado de filosofía humanista, el potencial de horror y de sadismo que los sabios de la geopolítica son capaces de desencadenar para lograr su propósito, sobrepasa las posibilidades de su comprensión. De esta postura, Salvador Allende fue una figura paradigmática. A partir de esa incapacidad de imaginar el horror es que va a nacer la catástrofe personal de Pedro.

Entró en una universidad liberal en efervescencia, abierta a la discusión científica e ideológica. Es en ella donde su pasión personal, ingenua y romántica se impregnó de política; es en ella donde el amor primario que podía sentir en relación con los asuntos de su pueblo, se hizo ideología. En la Universidad, Pedro conoció también a la compañera que sería más tarde la madre de sus hijos. Ella era diferente; había nacido en una familia en la que “el acceso al marxismo se hacía por convicción intelectual, donde la dialéctica y el materialismo histórico conducían a una comprensión científica del mundo”. Un punto de partida bien diferente de la visión impregnada de sensiblería, en realidad melodramática, con la que él había sentido en su pueblo la realidad directa de la injusticia social. Las diferencias actuaron como polos complementarios y ellos se casaron. El trabajo, la militancia y el amor se fundieron en una misma y única aleación.

Pedro se sentía, por otra parte, seguro de sí mismo, como se lo demostraban sus logros profesionales y políticos... y su conquista del amor. Así lo testimoniaban sus hijos plenos de vida. La gente que lo rodeaba era la recompensa de la verdad de su búsqueda. Se vivía la exaltación del alba. La vida era plena. La

revolución sin violencia estaba en marcha en el seno de una democracia liberal.

Otra generación, formada por más jóvenes, no estaba de acuerdo con el aplazamiento de los objetivos revolucionarios. Inspirada por el Che, creó la guerrilla. El poder político llamó entonces a las Fuerzas Armadas, las cuales –en este terreno particular– no tuvieron dificultad en acceder a la tecnología moderna de los países desarrollados. La correlación de fuerzas era clara, y los revolucionarios fueron destruidos con sadismo. Sin embargo, Pedro creyó –y miles de otros Pedros también– que continuaba viviendo en una democracia liberal. La violencia del poder era monstruosa, pero limitaba las víctimas a la guerrilla. Se trataba solamente de las reglas de juego de una guerra desigual. Pedro era pacifista y continuó luchando en el terreno político, en el que no había lugar para las armas: era el juego conocido de una democracia, sólo un poco afectada por la violencia.

Pero no fue así. Su llegada al poder, la destrucción y el fin de la guerrilla, no detuvieron la conducta de chacal insaciable de los militares. Una vez traspuesto el límite inicial, la violencia todopoderosa se instituyó como norma progresiva, desencadenando una espiral ascendente e infernal, gradual y metódicamente calculada. El concepto de subversivo y de enemigo de la patria se amplificó progresivamente hasta una dimensión subjetiva que se bastó a sí misma –como la relación del paranoico con su verdad–: son subversivos todos aquellos que no piensan como el poder; y ello a partir de premisas paranoicas.

A decir verdad, para ellos no se trata de pensar. Basta una actitud pasiva y servil, inherente a la naturaleza de la obediencia militar, a la cual están conformados y de la cual son intrínsecamente adeptos. Son los cruzados de una verdad maniqueísta en la cual el bien y el mal se enuncian por sí mismos. Verdad inmanente al esquema de propaganda que han avalado y que señala, a priori y sin reflexión posible, dónde está Dios y dónde está el Diablo.

La lista de los acontecimientos es conocida y repetida. La progresión metódica y calculada fija un límite y testimonia el

hecho de que el proceso no es guiado por los personajes que aparecen en esta historia, sino que el director que lo desencadena es una especie de doctor Insólito (el personaje de Stanley Kubrick), ligado a su ordenador geopolítico que transforma el proceso social de los países subdesarrollados en la trágica caricatura de una experiencia científica cuyas variables están bajo control. Esto es claramente discernible en una perspectiva imparcial, pero en la de Pedro las cosas aparecen de un modo diferente.

No podía renegar de su vida y su trayectoria después de veinticinco años. Con devoción con una fe serena en el valor y el rigor de sus ideales, no pudo y no quiso desconocer y evitar el destino que la vida le había mostrado. Como en *El Jardín de los Cerezos*, a mitad del camino de la vida, no puede evitar ser lo que es. Fue así como miles de Pedros continuaron cumpliendo su tarea, realizando su destino. Simplemente sucedía que esta tarea aprendida en dos decenios de dignidad había sido calificada como ilegal por el ordenador cuya inteligencia había discernido con eficacia que el ímpetu y el vigor de millones de seres no eran compatibles con sus intereses y sus propósitos sobre la región. Los Pedros pegaban afiches en la ciudad, juntaban un poco de dinero y publicaban una hoja en mimeógrafo que advertía que se vivía en una dictadura y relataba hechos trágicos de sufrimiento individual y colectivo.

En el pueblo de Pedro, de algunas decenas de miles de habitantes, encontrarlo a él y su mimeógrafo era tan fácil como saber dónde se imprimía la propaganda de Coca-Cola. Y así, un día, una patrulla militar fue a buscarlo y lo llevó junto a su mujer, a una prisión militar. Lo tuvieron una semana de pie, sin comer y sin beber, golpeándolo salvajemente y humillándolo. Fue tratado peor que a una bestia. El oficial, seguro de su rol sagrado y de enfrentar al demonio, le dijo, altivo, que debía denunciar a las personas con las que estaba ligado. Pedro era fuerte y resistió. Se lo suspendió por las muñecas atadas a la espalda, hasta que sintió que se desmembraba. Lo sumergieron mil veces en agua con excrementos; se lo torturó con la picana eléctrica. Pedro

resistió. La misma indignación frente a la iniquidad y la brutalidad lo ayudó a mantenerse. La comparación entre su vida sana y plena de entusiasmo y el sadismo a cara descubierta del cuartel le permitía todavía discernir entre la vida y la antividia.

Pedro no sabe cuándo ni cómo comenzó la *demolición*. Se le gritaba su condición de delincuente y de antipatriota, se le daban pruebas evidentes de ello: él había escrito sobre el muro "Abajo la dictadura"; había juntado dinero para fines subversivos; había redactado textos en la hoja de mimeógrafo sobre las transgresiones y abusos del régimen.

Hubo un momento en que Pedro comenzó a tener consigo una relación diferente y a darse cuenta de que ciertos pensamientos y conclusiones no parecían proceder de él mismo. "Yo no estoy loco", se decía, "pero hay otro dentro de mí". En el inconmensurable tiempo de su soledad, comenzó a hablarse a sí mismo como lo hacía el oficial; se decía cosas referentes a su autoestima, y algo se quebraba en el sostén y la adhesión a los ideales en los que había creído siempre. Algo de lo que existe en todo hombre, y que pomposamente se llama concepción del mundo, comenzó a desarticularse. Temblaba y no discernía sus pensamientos de la propia locura. Poco a poco, comenzó a pensar que sus acusadores tenían razón. En todo caso, ellos hablaban con firmeza; no tenían dudas y vacilaciones como él, que siempre cavilaba sobre la verdad. Se le mostró a algunos de sus antiguos amigos que gemían – serviles y obedientes– y que habían perdido su rango humano.

Pedro se sentía infinitamente solo. El mundo de sus convicciones, que antes era claro y vigoroso, se transformaba en una silueta difusa, vaga, casi inexistente, que se iba impregnando con su mugre, su orina, sus excrementos. Sus ideas y su asco se iban mezclando. Sólo quedaba nítida la presencia del oficial, su uniforme limpio, sus botas lustrosas, su estampa segura y su voz aplomada que le decía "Yo tengo todo el tiempo que necesito, una semana, un mes, un año. Algunos aguantan más, otros menos. Pero ya viste, al final todos aflojan. Hablan. ¿No ves que

te conviene?, me ahorrarás trabajo y te ahorrarás sufrimiento. Si al final vas a aflojar”.

El orden del mundo que transmitía el oficial calaba en su carne. Lo otro, lo de antes, se esfumaba. Lo inmediato y patente era que había dos categorías de hombre: unos estaban limpios, su risa denotaba que estaban vivos, sus voces y sus gestos mostraban que eran seguros. Y en cada acto cotidiano —como el baño, la comida o el reposo— tenían el poder de dar o de quitar. Los otros eran sucios y malolientes, reptaban gimiendo en las pocilgas. Sus voces ya no expresaban contenidos discernibles, sólo la monótona reiteración de gritos de dolor y algún insulto de rabia. Unos eran el triunfo, otros el derrumbe.

Empezó a creer que esta polaridad era un orden natural que se debía sostener. Tenía coherencia; no era la confusión y la locura. En su espanto, todo orden era verdad, aun el orden fascista. Comenzó a admirar y a querer al oficial, en su eficiencia y su carisma. El otro Pedro que nacía, aceptaba al militar y repudiaba a los suyos y lo suyo.

En los momentos en que saliendo del anonadamiento se podía rescatar de la fascinación se preguntaba qué hacer con este traidor, con este nuevo desconocido que había nacido dentro suyo; qué hacer con la fuerza irresistible que lo acorralaba y lo arrastraba a unirse a quienes, en los momentos de lucidez, reconocía claramente como sus enemigos torturadores.

Pedro había nacido a otra forma de ser: la irrupción de esta nueva identidad, la tragedia de descubrir dentro de él a “alguien” cuya existencia nunca habría podido llegar a sospechar ni a concebir, le indujo a un tormento psíquico aún más penoso e intolerable que el que surgiera de sus horribles dolores físicos.

Aquella mañana, le pareció bastante obvio firmar el acta que le traía el oficial y que le fue leída rápidamente. En todo caso decía lo obvio, lo que todos sabían desde siempre: de la propaganda política, de los artículos de denuncia, quienes eran los amigos con los que trabajaba. Apenas un ligero deslizamiento de sentido, una trasposición de registro y su vida se transformaba en la carpeta de

un delincuente. Para el oficial, cuando le decía que únicamente se trataba de formalizar hechos evidentes, objetivos, ya por todos conocidos, ¿se trataba de un ritual burocrático o de una sagaz ambigüedad preparatoria de manejos posteriores?

Simplemente se organizaba, en un lenguaje docto y pseudo jurídico, una realidad que para Pedro era el interjuego normal de la vida democrática y para la nueva verdad del régimen era una grave contravención al orden instituido, una afrenta a la patria, un atentado a la seguridad nacional. Y su titular era traidor, delincuente y despreciable.

El acta, maniobra sagaz, presentada inicialmente como un requisito para poner las cosas en orden, para que todo ande más rápido, sería luego el instrumento probatorio de la entrega, la claudicación la delación. Y si ya era Pedro un delator, si ya estaba marcado por un estigma por el que iba a ser repudiado por todos los suyos, qué más daba evitar nuevas y espantosas torturas respondiendo algunas preguntas. Asimismo el oficial le parecía bueno, le prometía las cosas que él deseaba: poner fin a este tormento, evitar —si colaboraba— una prisión que era la muerte en vida. Además, Pedro guardó dos o tres secretos esenciales acerca de los suyos y sintió que la resistencia proseguiría, con los que pudieran hacerlo.

Pedro quedó tirado en la pocilga; no sufrió remordimientos. Estos son sentimientos propios de un ser indemne y él estaba destruido; sumido en la indiferencia y el anonadamiento. Su cabeza y su corazón estaban vacíos. Le daba lo mismo una cosa que la contraria. Ya no estaba encendido de vida, sólo duraba en un tiempo amorfo, amargo, indiferente... Casi no se conmovió cuando le hablaron de soltarlo. En realidad, le daba lo mismo. Sólo más tarde encontró las palabras para definir de qué se trataba: lo habían demolido. Con un amén aceptó el discurso que sobre el bien y el mal le daba el militar; aceptó el decálogo de ética barata que le recitaron: la dictadura había iniciado una limpieza a fondo para la salvación de la patria, no había que obstaculizar esa limpieza.

Creó sumisamente que su absolución y sobrevida eran el resultado de la magnanimidad del oficial que le hablaba. Estaba vivo y podía salir porque el oficial era bueno.

No cabía duda.

Afuera, la vida cotidiana del pueblo donde había vivido cuarenta años, le parecía incomprensible. Asimilarse a ella, una tarea titánica, imposible. Toda la gente le miraba distinto. Algunos deslizaban fugaces frases solidarias y amistosas y se alejaban cuanto antes. Otros tenían el mismo tono e impostura que el oficial, le hacían sentir el mismo desprecio y humillación, desconocían la vida pueblerina compartida treinta años y le decían que el país estaba en crisis por mil Pedros malignos que andaban por allí. Era tarea santa demolerlos. Con sus hijos era más difícil aún. Despertaban de noche, aterrorizados por las pesadillas; le asediaban a preguntas sobre la verdad y la mentira, sobre la injusticia y la persecución sobre la condición de justo o delincuente. Le pedían la certeza de que no los abandonarían más. Pedro no podía responder al asedio. Su rol de padre era incompatible con su condición de muerto vivo, demolido.

Buscó al psiquiatra, quien lo escuchó y le dio remedios. Pero lo peor fue el encuentro con su mujer. Él la quería como se quiere al ser con quien se descubre el amor. Ella también estuvo detenida y, presumiblemente, recibió el mismo trato. Pero había resistido. Se le veía en los ojos y en la manera de hablar y comportarse. Sólo el brazo izquierdo testimoniaba el grado del horror. Estaba parálítico: la habían colgado demasiado tiempo. Pedro buscaba su reproche y acusación y sólo recibía como respuesta un silencio dulce y comprensivo. Él la amaba más que a nada; sólo con ella podía anclarse en la vida. Pero ese brazo parálítico —siempre allí— objetivaba la valentía a la que él no pudo acceder. El fascismo había trazado una grieta insalvable dividiendo el mundo de ellos dos, que antes había sido uno solo. Pedro no podía poseerla. Fue esto lo que lo curó de su anonadamiento indiferente: se volvió loco de angustia y desesperación.

Las palabras buscaban armonizar la situación, pero el brazo parálítico y el fracaso del sexo marcaban la incompatibilidad. Pedro se fue a otro país. ¿Huyó de la presencia de su mujer que le señalaba lo que él no pudo ser? ¿Huyó del fascismo que lo había doblegado y lo podía usar como un títere? En él había quedado impresa la imagen triunfante del oficial con porte de cruzado y sabía que en su juego de oponer a dioses y demonios, podía utilizarlo para atestiguar cualquier mentira contra los suyos.

Pedro huyó de la muerte que lo acorralaba. Se refugió en lo vital que quedaba en él: su quehacer profesional. Un buen currículo lo ayudó a ser contratado en un país vecino, donde se entregó con pasión y energía a las tareas que le fueron encomendadas. Trabajó con dedicación desde el despertar hasta que el sueño lo vencía. La devoción en su trabajo escondía su temor al encuentro consigo mismo. Por eso, el domingo era más difícil o casi imposible: el cine y los remedios duplicados no alcanzaban para la fuga.

Pero nadie puede vivir escondido en su trabajo. Y él amaba a su mujer. Ella le decía: el momento es crucial, yo debo seguir militando, no puedo abandonar. Los hijos gritaban que los necesitaban juntos. Pedro no podía volver, ella no podía irse. ¿Cómo se anudan estas moscas por el rabo? “Yo la quiero, ella me quiere los hijos nos necesitan juntos; pero... ¿cómo compatibilizar nuestros destinos, el suyo de lucha, el mío de huida?”

El poder violento les resolvió esa parte del dilema: la eficiencia de los militares *made in USA* liquidó toda posibilidad momentánea de lucha y juntó a Pedro con los suyos.

Queda la interrogante del destino de la grieta abierta.

¿Pedro volvió alguna vez a gozar con su mujer? ¿Qué fue de los miles de Pedros que se encendieron en la pasión de construir su pequeño país, que vivieron dos décadas inmersos en esa pasión?

Miles pasaron por las cárceles políticas; otros tantos o más, deambularon por el mundo, buscando un lugar que los deja-

se vivir, vegetando los más, creativamente los menos. Unos y otros, con un encono y un odio con el que no nacieron, que no tomaron en cuenta como parámetros de vida, y que sólo se pusieron en marcha con la injusticia, con el dolor de la herida no cicatrizable de la tortura –en el cuerpo propio o en el del hermano, o en el de la amada, o en el del amigo–; y que los hará, en el retorno, a casi todos ellos –innecesaria e ineludiblemente– distintos. Cuando una experiencia límite quiebra la continuidad del destino ¿qué marcas se inscribirán en la reelaboración identificatoria? Nuestra hipótesis es que algo crucial se juega allí.

Pedro no es un caso. Es un relato. Pero un relato que remite sólo a hechos reales y en el cual muchas personas se funden en el protagonista que es el eje de mi historia.

UNA MIRADA PSICOANALÍTICA: LA DEMOLICIÓN

En la experiencia de la tortura se pueden discernir tres momentos o estructuras necesarias y sucesivas:

Primero el momento inicial –la experiencia de la tortura–, el más conocido y denunciado, apunta a la aniquilación del individuo, a la destrucción de sus valores y convicciones.

El *segundo* tiempo desemboca y culmina en una experiencia extrema de desorganización de la relación del sujeto consigo mismo y con el mundo que, siguiendo la expresión sagaz de ese paciente, he llamado la *demolición*.

El *tercer* tiempo es el desenlace, la resolución de esta experiencia límite. Es el resultado de la crisis y la organización restitutiva de la conducta a que da lugar.

En último término, esbozo algunas reflexiones sobre las consecuencias sociales, es decir, sobre los efectos en psicología colectiva que tienen lugar a partir de la demolición como hecho individual.

LA EXPERIENCIA DE LA TORTURA

¿Por qué medios y de qué manera la destrucción y degradación del cuerpo funciona como preparatoria y desencadenante de la quiebra y claudicación a nivel psíquico?

La pregunta no me parece ociosa ni accesoria. Sabemos de una ontogénesis de las relaciones objetales y que allí donde hoy hay amor, adhesión o admiración a un ideal, a un valor o a una idea, hubo antes una relación objetal en la que el yo corporal y una erogeneidad patente estuvieron implicadas. Dicho de otro modo: ideología y ética son sucedáneos de una matriz originaria en la cual la dialéctica de las relaciones corporales, de los vínculos erógenos primitivos, tienen un rol estructurante. La barbarie totalitaria comprende este saber psicoanalítico (no sé si a nivel de su conceptualización, sí sé que a nivel de su eficacia) y utiliza métodos de depurada técnica que toman en cuenta esta verdad de origen: la primacía de la relación del hombre con su cuerpo.

La historia de Pedro nos reitera la enseñanza de que, mientras la tortura pueda ser discernida como agresión física que viene del exterior, algo de la indemnidad del sujeto torturado queda preservada. Sentirse alguien que resiste y lucha contra una agresión espantosa y condenable, permite rescatar una forma de ser congruente y sostenible: ser alguien y poseer un cuerpo.

LA DEMOLICIÓN

Existe un momento –en el sentido estructural de la palabra– en que el sufrimiento se desliza de la agresión en el cuerpo físico de un sujeto indemne a la más desoladora experiencia de desamparo (*helplessness*, *Hilflosigkeit*, *état de détresse*, *déréliction* *desarvolamento*)*.

* Sabemos con Freud que es ésta una experiencia originaria de la naturaleza humana: prototipo de situación traumática generadora de angustia. “En razón de la prematuridad, del modo incompleto en que el ser humano llega

Este momento se sitúa después de un tiempo muy variable de prisión y tortura; según la estructura individual y el contexto de la situación, tiene lugar al cabo de horas, días o meses. Pero su desenlace me parece una encrucijada ineludible y decisiva.

A partir de la intensidad del dolor físico, de la desafrentación sensorial –oscuridad, capucha–, de la ruptura de todo vínculo afectivo y efectivo con el mundo personal, amado desde siempre, se llega a la presencia constante de un cuerpo dolorido, sufriente, deshecho, totalmente a merced del victimario, que hace desaparecer toda otra presencia del mundo que no sea la centrada en la experiencia actual. Llamamos a ese momento: *la demolición*.

La demolición es la experiencia de derrumbe y de locura –metódica y científicamente inducida– que coloca al individuo frente a su mundo, que fue amado e investido, ahora transformado en un agujero siniestro lleno de vergüenza, humillación, orina, horror, dolor, excrementos, cuerpos y órganos mutilados; el todo inscrito en un espacio vivido como inmensurable y eterno, que tiene las características de la pesadilla y del espacio onírico. Todos los actos de la prisión política están articulados para llevar al sujeto a una situación de desintegración y pérdida de control. Lo que desde siempre ha sido para el sujeto su mundo propio, su universo de catexis objetales, es transformado, por la acción de los torturadores, en algo temido y repudiable.

Es obvio decir que, instalada la demolición, la dinámica relacional entre torturado y torturador tiene características muy disímiles a la inicial, de enfrentamiento de un militante y su enemigo brutal. Como nos enseña Pedro, no es en el nivel de un sujeto indemne sino de un demolido, que se juega el desenlace.

al mundo, se establece un factor biológico que hace que en las situaciones de peligro exterior, se crea la necesidad de ser amado. Necesidad que no abandonará jamás al hombre..." Sigmund Freud, Inhibición, síntoma y angustia, (1926d[1925]), T. XX. A. E., p. 71, Buenos Aires, 1979.

Es en el nivel regresivo de un espacio onírico, de pesadilla, en el que hay una desorganización del mundo objetal y se produce una indiscriminación entre objetos internos y externos. En el nivel inesperado de una experiencia que moviliza aspectos inéditos, mecanismos no experimentados en la historia previa del sujeto. En un nivel en el que el martirio deshace el camino de la maduración ontogénica y reinstala un sistema de relaciones objetales primitivas que obliga a reestructurar; más aún, a refundar el mundo propio de valores. La demolición tiene el carácter de una experiencia instituyente. A través de la denigración del cuerpo y del despojo del universo objetal – ideología, valores, relaciones afectivas–, se lleva al sujeto a una situación límite que exige una elaboración psicológica. Si no se hace, entramos en la situación no infrecuente en que el individuo desencadena una psicosis clínica.

¿Cómo y con qué se reorganiza el universo interno destruido?

Existen dos posiciones éticas irreductibles y antagónicas: la del torturador, con su lógica de salvar la vida, rescatar una integridad física y un cierto modo de equilibrio psíquico; y la del torturado, que busca reasumir su identidad anterior. Una es presente, invasora, tiene para sí la ventaja enorme de estar encarnada en una presencia. La otra, mediata y ausente, representa la posibilidad de una cierta coherencia con lo que el torturado ha sido y querido hasta ahora, pero su no presencia connota la muerte. Es a este nivel que opera la opción. En la situación de desamparo, ausencia equivale a agonía, por falta de una perspectiva de vida asegurada desde afuera. Y presencia es la posibilidad de salida, es promesa de restitución.

Es a este nivel que tiene lugar la trastocación profunda de los valores éticos del mundo anterior del torturado: lo ausente, querido y perdido, se transforma en muerto, persecutorio, repudiable; y lo presente odiado, aparece como deseable. La fascinación recubre el horror y el mundo moral cambia de signo.

DESENLACES Y SALIDAS

Sostuvimos que la demolición es una encrucijada ineludible del torturado y que su elaboración es estructurante del destino de las relaciones objetales y, por ende, de su conducta ulterior.

¿Como se reorganizan y redefinen estas relaciones? Partamos del relato de Pedro. ¿Cuál es el origen de la invencible y mágica atracción que siente por sus torturadores? ¿Dónde se anuda el horror con la fascinación?

Pensamos que la necesidad imperiosa de una reparación de la catástrofe –inherente a una economía del psiquismo– lleva a la búsqueda, en el otro accesible, de una restitución del mundo destruido. En esta situación, lo único disponible para el reintegro es el torturador. Dinámicamente, el conflicto se juega entre la aceptación de un vacío desolador y una creencia ciega en el torturador –el único “otro” (objeto) disponible en lo inmediato– como fuente restitutiva.*

La sumisión y la alianza con el enemigo –de las cuales la confesión y la relación son los productos exteriormente visibles– son el resultado de la instalación de una relación de complicidad perversa entre el prisionero y sus torturadores. Relación que se origina en la necesidad de conjurar el espanto del horrible espacio destruido, rellenándolo del mismo demonio que se quiso exorcizar. De la misma forma en que el delirio es la cura monstruosa de la catástrofe psicótica, la relación sumisa –perversa y masoquista– es el producto de degradación que reemplaza el desamparo de la demolición.**

* Dice Freud en el texto ya citado: “...los peligros del mundo exterior incrementan enormemente el valor del único objeto capaz de proteger contra los peligros”. Acotan, comentando, J. Laplanche y J. B. Pontalis: “El estado de desamparo, inherente a la dependencia total del pequeño ser respecto a su madre, implica la omnipotencia de ésta. Influye así en forma decisiva en la estructuración del psiquismo, destinado a constituirse enteramente en la relación con el otro”. Diccionario de Psicoanálisis, Ed. Labor SA, Barcelona, 1971, p.93.

** En Sigmund Freud, *Psicología de las Masas y Análisis del Yo*, (1921), A. E. 18 p. 63, Buenos Aires, 1979. Freud entiende la melancolía y la perversión

¿Es posible concebir otra salida? Otro torturado nos dio una clave conceptual. Palmoteando la espalda de su camarada claudicante, le dijo: "Lo que pasa, compañero, es que usted no le ha perdido el miedo a la muerte".

¿Aceptar el miedo a la muerte?*

Pensamos que en la simulación extrema de la demolición, se suscita la emergencia y la resolución de esta ansiedad básica, en sí misma irreductible y ante la cual las soluciones son siempre soluciones de compromiso. La experiencia de demolición induce fantasías inconscientes que podemos representar en el siguiente dilema: o se acepta y se soporta psíquicamente, o bien se la reniega y sustituye a través de la recreación de ansiedades y soluciones sustitutivas.

como variantes de identificación psicótica. Nos dice:

-en el melancólico, la división del yo en una parte flagelante y otra flagelada, remite a una relación intrapsíquica con el objeto introyectado de "crítica implacable y cruel auto humillación", que en su origen fue hostilidad y deseo de venganza contra el objeto;

-en el homosexual, la conducta perversa tiene su génesis en apelar a una identificación con el objeto perdido como procedimiento para renunciar a él. Esta incapacidad de aceptar y elaborar la pérdida lleva al sujeto a jugar el rol del "objeto" y buscar objetos de amor para tratarlos como se sintió tratado por el objeto original y así conjurar su pérdida.

En síntesis, transformación en el objeto para desestimar (*dénier, disavowal*) su supresión en la constelación objetal; autoflagelación como expresión de la hostilidad coartada con el objeto externo introyectado y como desconocimiento de la agresión hacia ese objeto.

La reseña nos provee los elementos para una posibilidad de respuesta a la conducta tan frecuente como inicialmente enigmática por la cual el demolido cede más fácilmente al torturador persuasivo y seductor, que al que ejerce su rol desembozadamente.

* El matiz es decisivo. No se trata de la muerte fáctica, sino de la conducta de un sujeto ante el escenario de la destrucción propia y la de su mundo. Su destino material y objetivo —esto lo sabe el prisionero— no le pertenece. De querer autoeliminarse, carecería de los medios para hacerlo. La muerte real está en la órbita de las decisiones y deseos del sistema de tortura y un poco en el azar de los límites de resistencia. El protagonista sólo es dueño de sus miedos y de cómo resolverlos.

A nivel psicológico la muerte es una definición por lo negativo.* Es lo insignificable, es silencio y vacío. Es despojo de amor. Es reconocimiento de lo absurdo e imposible. Aceptar la muerte es admitir la crueldad de su realidad, sustraerse a ella y resistirla, en el encuentro y unión con los objetos amados, que trascienden los límites de nuestra desaparición. Huir de ella —como lo hizo Pedro al amar a sus agresores— es la ilusión de conjurarla, erotizándola, vistiéndola con la ilusión perversa de su fascinación; es, paradójicamente, la realización del goce masoquista.**

Pedro quedó atrapado en la inmediatez de su experiencia, en la cueva imaginaria fabricada por sus torturadores, que era su único mundo disponible. Sólo superando la inmediatez de esta experiencia invasora, asumiendo el horror a la nada y aceptando la propia aniquilación, se puede recuperar un sentido de la muerte propia: rescatándola en el nivel simbólico del mundo amado y perdido. Es cuando esta aniquilación adquiere un sentido, al significarla en la continuidad y permanencia de los valores propios, que el torturado podrá pagar con su vida la preservación de su otra integridad.

Como el niño en el juego del carretel, pero en condiciones atroces; solo si se simboliza la pérdida en su reencuentro con lo amado y perdido, es que algo del sujeto quedará fortalecido e indemne.

* Ver Sigmund Freud, De guerra y de muerte. Temas de actualidad (1915) A. E., 14, p. 273, Buenos Aires, 1979

** Las dos salidas identificadas se pueden esquematizar:
-repliegue narcisístico e investimento erótico del cuerpo (resolución perversa),
-repliegue narcisístico, asunción de la catástrofe corporal y sobreinvestimento del mundo objetual internalizado (resolución depresiva).

LA DEMOLICIÓN EN PSICOLOGÍA COLECTIVA

Las necesidades de nuestro desarrollo nos llevaron a desembocar en el esquematismo de una polaridad: la alternativa del héroe o el demolido. Tal vez con ellos caímos en el sometimiento a una perspectiva que es propia de los testigos involucrados y comprometidos en la tragedia – familia, amigos, grupos u organizaciones políticas–, siempre listos a sentenciar y etiquetar en los Pedros el mote de traidor y la muerte del héroe.

Dejemos a Pedro y, desde su lugar, interroguemos a los testigos. ¿Cómo trasciende su historia en nosotros? ¿Nos es ajena? ¿Está del otro lado de nuestra piel? ¿Cuál es nuestra distancia con este drama?

Instituida la tortura como práctica corriente en la sociedad violenta, los efectos y consecuencias son ineludibles y múltiples. Sobre ellos sólo tenemos, para su discusión, algunas notas provisionarias.

Frente a hechos como la demolición, nos sucede algo del registro que Freud anota en la fantasía de *Pegan a un niño** “Bajo la influencia de ciertos relatos, la imaginación comienza a inventar toda suerte de situaciones y sistemas en que los niños son golpeados por su maldad y malos hábitos...”. Es decir, a lo objetivamente horrible del hecho y del tema, el modo de transmitirlo le confiere un lugar limítrofe entre lo real y lo fantástico, un suspenso y una incertidumbre que son la mezcla del delirio y los acontecimientos reales. Punto de intersección que Freud privilegia por la emergencia de la experiencia de lo siniestro (*Unheimlich*). Junto al espanto real, la tortura es una pantalla proyectiva que, como la fantasía de *Pegan a un niño*, conjuga la emergencia de la fantasía sádica con la satisfacción voyerista y masturbatoria.

Es sabido en psicología psicoanalítica que la confirmación por la realidad de un fantasma reprimido, o la emergencia de

* Freud, Sigmund, *Pegan a un niño* (1919), AE, 17, p. 123, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979.

un residuo animista colectivo, al provocar la convergencia de lo real y lo fantástico, desencadenan el máximo del horror. La reacción a nivel del rumor de historias reales y fantásticas, como tema obligado, recurrente y repetitivo condicionan una estereotipia en la vida relacional de la sociedad sometida: en rueda de amigos o cualquier otro encuentro social, se recurre reiteradamente al tema de la tortura y a su corolario la demolición.

Para transmitir su realidad y fantasía o para refutarla, el tema es central e ineludible y presumo que sus efectos abarcan todos los niveles y conductas de la vida social, y no sólo aquellos considerados convencionalmente como políticos.

Es por eso que la existencia de algunas decenas o centenas de Pedros se convierte en una experiencia universal en las sociedades sometidas a la violencia política. Experiencia que desembocará no sabemos dónde, pero que su desenlace puede llevar a la rebelión violenta (y sanguinaria) o a un sometimiento cuyos efectos no se parcializan en lo político, sino que afectan —empobreciendo y paralizando— todos los niveles de la vida social y cultural.

La demolición que Pedro experimentó en su carne tiene, pues, la doble dimensión de una tragedia individual y de un fenómeno central de psicología colectiva. Su eficacia —al dar sustancia al horror latente y universal que existe en cada ser humano— consiste en instituirse como un destino virtualmente posible para cada uno y en cada instante y, por ende, requiere toda una organización de construcciones defensivas de diferente grado de racionalidad que, a nivel real y fantasmático ordenan la totalidad de las conductas cualquiera sea su distancia objetiva con el hecho político.

M. V. París, 1976

Traducido del francés por María Urruzola del libro *Exil et torture* (Denoël 1989, París).

Esta versión ha sido corregida y ampliada por el autor.

PEPE O EL DELIRIO DEL HÉROE

La adolescencia y la juventud de Pepe coinciden con el proceso de pérdida de los valores liberales y con la instalación progresiva de una dictadura militar sangrienta. Para esa generación de jóvenes, en un país en convulsión, la elección del destino pasaba por la política.

Pepe era responsable de una célula en una Facultad, y cumplía rigurosamente sus funciones de militante: de noche pegaba afiches, distribuía volantes clandestinos denunciando las atrocidades del régimen y llamando a la lucha; planificaba la organización de sus camaradas e intentaba convencer a quienes no eran militantes.

Dos veces fue detenido durante razias de intimidación que el régimen organizaba contra los militantes. Algunas semanas de malos tratos y de amenazas destinadas a atemorizar y doblegar a quienes luchaban, no fueron suficientes para modificar el comportamiento de Pepe, quien volvió a los riesgos cotidianos de su vida de estudiante y de militante.

La tercera vez, su suerte fue más dura: aquella destinada a los tenaces, a quienes, por desafiar la tiranía instaurada, son calificados por la burocracia de la tortura como "irrecuperables".

La sed, el hambre, el plantón prolongado, constituyen el primer capítulo del martirio. Un tiempo infinito —objetivamente entre ocho y veinte días— en la subjetividad del tiempo vivido, sólo marcado por la alternancia sin fin del horror y la destrucción. Una soledad eterna que se interrumpe solamente cuando caído, extenuado, "el bueno" del equipo de tortura le llevará un vaso de agua o un tazón de sopa, diciéndole que haría mejor en aceptar las exigencias de los torturadores. Ilusión de no estar

solo, ilusión que termina pocos segundos después, con la patada que rompe el espejismo del reposo.

En cierto momento —¿dos semanas tal vez?—, Pepe comienza a tener una relación inédita, bizarra, con su cuerpo: siente que no le pertenece más; cada vez que intenta reapropiárselo los dolores son demasiado fuertes. Sólo le queda, entonces, elegir entre renegar de su cuerpo —alienación que lo horroriza— o concentrar toda su atención en un estudio minucioso de las posturas menos insoportables y del tiempo durante el cual puede tolerarlas. Para Pepe, ese juego obsesivo es fundamental. El control voluntario de sus músculos, de su vejiga y de sus intestinos es la tarea más importante que haya tenido que cumplir. Destinar tanta energía a ese control, solo es imbécil en apariencia; ello le permite puntuar ese tiempo infinito sin volverse loco.

Además, sabe que puede derrumbarse de agotamiento. Y si cae, la guardia se encarnizará sobre él, lo pondrá durante largas horas con brazos en posición horizontal, con un caballete entre las piernas, que al incrustarse en el periné le provocará un tormento indecible. Si se deja llevar por un grito desesperado, será golpeado con palos o atacado por perros. Se le exigirá que diga, en medio de risotadas: “Soy un perro bolchevique, soy un comunista inmundo”.

“Y la humillación es peor que el dolor.
El dolor es conmigo mismo.
Si aflojo, les hago el gusto a esos hijos de puta.
Y así, me muero... Dejo de apreciarme.
Ya no me queda nada.”

Su pensamiento toma a veces caminos extraños; en su pánico y su estupor, se despierta descubriendo que ya no es el dueño de su pensamiento. ¿Cuántas veces su pensamiento errático lo lleva a su boliche habitual?

“¡Qué sed tenía ese día! Como siempre, Manuel, el dueño del boliche, divagaba charlando con cada uno de los habitués. Bur-

lándose de los clientes en lugar de servirles la cerveza tan esperada. 'Deja tus burlas, ¿me servís o qué? ¡Cretino, la vas a volcar!'"

Las voces con las que se confunde no son solamente alucinaciones. Sus guardias se divierten respondiéndole aumentado así su suplicio de Tántalo.

Pepe se despierta llorando para sus adentros. Una vez, incluso, la cosa va más lejos:

"Tu vieja te llama por teléfono. Dice que tenés que volver, que te espera en casa, la cerveza está bien fría... y esta noche hay un asadito".

Pepe comienza a irse.

"Dame el teléfono de tu vieja. Así le decimos que vas para allá." Y dice:

"Cuarenta y uno ...".

¿Qué lo detiene? ¿Qué "razón" le advierte que no debe decir el número, que puede poner en peligro a su madre? ¿Por qué se despierta en ese momento y se encuentra con sus torturadores muertos de risa?

El oficial, altanero, es categórico y cortante:

"Estás perdido. Sabemos quién sos y que te hacés el duro". Y luego de un resumen preciso de sus actividades, concluye: "Para los duros, tenemos un tratamiento especial. Vos elegís: o te sentás a escribir o te hacemos la pesada. Pero te juro que vas a terminar reconociendo que solamente sos una mierda".

Pepe no sabe cuánto tiempo duran las sesiones, ni la espera, que es aún más terrible. Recuerda la picana eléctrica, el submarino en agua con excrementos, y el día en que le abrieron el ano para meterle volantes de los que él distribuía. Esos recuerdos son confusos.

"Todo esto es una historia de locos. No sé cuánto tiempo duró ni cuántas veces me lo hicieron, ni qué hacía yo cuando lo hacían. Porque, cuando te destruyen, no pensás más, sólo sentís miedo. El susto ocupa todo el lugar. De lo que me acuerdo bien, sí, es de cuando vinieron mis amigos. Estaban todos los de mi clase y algunos de mi grupo de militancia.

Venían a verme. Uno por uno. Tenían aspecto de estar de fiesta. Yo les dije: '¿Están locos, qué diablos hacen aquí?'

Y entonces mi amigo, el Pato, me dijo: '¿Pero sos tarado o qué? ¡Qué pregunta! ¿No sabés que hay un examen de tortura? Por eso estamos aquí. No es un bollo, pero se logra. Lo que hay que hacer es aguantar el primer ataque y resistir. Después, se soporta. Tito casi la queda, pero lo dejaron para un segundo llamado.'

- Entonces, Pato, ¿todos debemos pasar?

Y el Pato, textual, me dijo: 'Sí, todos debemos pasar. Todo el mundo pasa. Y vos no vas a aflojar, Pepe. ¡Tenés que aguantar!'

Es a través de la presencia alucinatoria de sus compañeros, de su amigo, que Pepe se dota de un espacio lúdico y onírico que dará a su terror el sentido de una lucha y le permitirá permanecer invencible ante la técnica sofisticada de sus torturadores. Pepe seguirá la consigna de Pato: ahora, puede soportar hasta la muerte, porque este examen hay que pasarlo.

Algunos meses después sale, sin proceso. Su madre lo abraza, tiene el asado y la cerveza bien helada. Las marcas de la tortura no logran empañar la inmensidad de su sonrisa.

"Que suerte que pueda contarle esto a usted, que es doctor. Quedé medio idiota, y cuando me dijeron que el Pato no estuvo nunca en la cárcel, empecé a no entender nada. Y como no quiero contarle a mis viejos lo que me hicieron, siento que se me van a entreverar todos los cables."

Si propongo esta historia como objeto de reflexión es porque no la considero excepcional, sino al contrario, ordinaria y ejemplar de la historia latinoamericana de esta época.

En "Pedro o la demolición" relaté y analicé el desenlace contrario, cómo el disturbio del pensamiento producido por el martirio de la tortura desemboca en una producción onírica y alucinatoria de fascinación por el torturador.

El momento alucinatorio, tal como es descrito en las historias de Pedro y de Pepe, aparece en un campo de observaciones clínicas tristemente extendido. Esta frecuencia y esta constancia nos invitan a pensar que no se trata de una excepción ligada a

la estructura de un sujeto, o de la singularidad de un “caso” conocido, sino más bien del pasaje o del desenlace necesario de un proceso inteligente y calculado por un poder político.

Tal vez sea violentar el psicoanálisis llevarlo a territorios tan alejados de sus preocupaciones habituales. Una extrapolación reductora siempre es posible. Cada vez que hemos abordado este tema, pretendiendo suscitar una reflexión analítica, nos han tratado de humanistas panfletarios. Pero entre la compartimentación de la *doxa* freudiana y el riesgo de la transgresión, prefiero este último.

¿Por qué caminos la tortura lleva a la alucinación? ¿De qué manera el loco que todos llevamos en nosotros y emerge en esta situación extrema, puede recurrir a valores éticos tan antinómicos y llevarnos a la alternativa, tan a menudo planteada, entre el héroe y el traidor?

¿La tortura no puede, en tanto que situación límite, enseñarnos algo sobre la relación con nuestros valores éticos, generalmente menos cuestionados en la sociabilidad habitual?

Es bueno, creo, comenzar con un desvío para reubicar el concepto de tortura, a menudo vinculado a la noción de malos tratos y de violencias psíquicas y físicas. En ciertos trabajos sobre el tema, realizados por Amnistía Internacional, las Naciones Unidas u otros organismos preocupados por los derechos humanos, el análisis del problema se contenta con esa calificación. Sin dejar de respetar esa visión necesaria pero no suficiente, quisiera subrayar lo que ese análisis desconoce. Los testimonios y los trabajos sobre el inventario del horror y sus consecuencias médico-psicológicas abundan. Las agresiones físicas –hambre, sed, brutalidad, martirio refinado– y psíquicas –aislamiento, privación sensorial, mensajes contradictorios– son, en esos trabajos, el eje fundamental de comprensión, lo que puede dar lugar a un desliz hacia la fascinación voyerista. Por oposición a esa óptica, a esa atracción visual del horror, la palabra de Pepe –y la de Pedro– se organiza fuera del inventario descriptivo de las técnicas. Una frase se reitera insistente: “Usted no sabe, no

puede saber, es el horror”. Eso que no puede ser nombrado toma el lugar de lo descriptivo. El repertorio de las diferentes formas de violencia no es lo que cuenta. El tiempo infinito, el horror sin límite, las condiciones de aislamiento, la extrañeza, la soledad, así como la sucesión de mensajes fragmentarios y contradictorios que llevan a la locura descrita en el síndrome de privación sensorial, constituyen los elementos esenciales y ordenadores.

Ante el texto de Pepe es fácil, aunque estéril, dejarse atrapar en la oposición mente/cuerpo y discutir sobre la psicogénesis de un delirio o la organicidad (metabólica) de un cuadro de confusión onírica. El texto de Leopoldo Bleger, “A l’horizon”^{*} nos advierte de esa recuperación para un discurso médico-científico, recuperación tranquilizadora en la medida en que invierte la realidad que abordamos y la somete a códigos conocidos. La lectura de la literatura médica y psicoanalítica sobre los campos de concentración muestra que la misma realiza absolutamente esa reducción. Esa definición médico-científica borra lo esencial: la tortura es parte (necesaria) de un proyecto político y de un sistema de poder. El calvario de decenas y centenares de personas es suficiente para que la sociedad en su conjunto sea afectada. El objetivo manifiesto de obtener informaciones y confesiones es accesorio en relación con el proyecto último de aterrorizar y someter; el blanco es más la colectividad que la propia víctima. Propongo, entonces, la siguiente definición operativa: “La tortura es todo dispositivo intencional, cualesquiera sean los medios utilizados, puesto en práctica con la finalidad de destruir las creencias y convicciones de la víctima para despojarla de la constelación identificatoria que la constituye como sujeto. Ese dispositivo es aplicado por los agentes de un sistema de poder totalitario y está destinado a la inmovilidad, a través del miedo, de la sociedad gobernada”.

Volvamos a Pepe, a su alucinación –tal vez solamente un sueño despierto–, producida en ese momento de espanto, más

^{*} Bleger, Leopoldo, “A l’horizon”, *Psychanalystes*, N°13, París, octubre de 1984, pp. 63-70.

intenso y duradero en la tortura que el que conocemos en la pesadilla de la vida cotidiana. ¿Freud no nos enseñó que la experiencia extrema amplifica, pero no innova, no inventa?

¿Cuál es entonces la función de la alucinación? En el estudio del caso Schreber, Freud escribe: “Eso que tomamos por una producción mórbida, la formación del delirio, es en realidad un intento de cura, una reconstrucción”.* La alucinación, explica en otro texto, *Proyecto de psicología*,** tiende a anular el sentimiento de precariedad y confusión, a suprimir el abismo abierto por la ausencia del otro amado y necesario.

El sujeto se constituye a partir del otro, de los otros. Su presencia consistente y segura es el soporte del Ideal. Es eso que Pepe manifiesta en su producción onírica y es allí que Pedro fracasa. En éste, el derrumbe del Ideal crea un abismo que marca la ausencia del otro amado y necesario. Es en ese vacío que puede entrar el enemigo, colmando el derrumbe con la inmediatez accesible. En Pepe, al contrario que en Pedro, es evidente que la alucinación vuelve más vivible el horror.

¿Se debe buscar solamente en las raíces de la patología individual y familiar un tratamiento tan antinómico del Ideal en su función ética?

Pienso que la *doxa* freudiana respondería afirmativamente, ¿pero es verdaderamente así? ¿Cómo el loco que surge en una situación límite se vuelve héroe o traidor? ¿La experiencia de la tortura no será reveladora de imperativos tácitos del lazo social que son indecibles en la vida ordinaria?

Las historias de Pepe y Pedro me enseñaron algo sobre la función de la memoria como recurso y sobre su desaparición como derrota, dos salidas que abren posibilidades diferentes

* Freud, Sigmund, Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente (1911 [1910]), AE, 12, p. 1, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980.

** Freud, Sigmund, Proyecto de psicología (1950 [1895]), AE, p. 323, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1982.

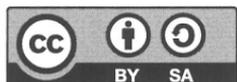
para vivir la amenaza de muerte y la posibilidad de muerte real que existe en la tortura.

También es válido formular esta interrogante: ¿hay que buscar esa memoria –como soporte simbólico– y el olvido –como función de supresión y desconocimiento– solamente en la arquitectura individual de la personalidad? ¿O hay que buscarlos en la trama colectiva de la memoria social, en sus modos de tratamiento de los efectos intolerables de la violencia social?

M. V., París, enero, 1978

Traducido del francés por María Urruzola del libro *Exil et torture* (Denoël 1989, París).

Esta versión ha sido corregida y ampliada por el autor.



Atribución-CompartirIgual 4.0
Internacional (CC BY-SA 4.0)

Del texto: Maren Ulriksen y Marcelo Viñar
De la edición: Irredientos.

Editado por Irredientos libros
Octubre de 2018
www.psicosocial.net

Impreso en Madrid, octubre de 2018
ISBN (edición impresa): 978-84-9444889-1-7
Depósito Legal: M-34406-2018



Irredientos libros es el proyecto editorial
del Grupo de Acción Comunitaria (GAC)

“Este libro tiene un punto de comienzo nítido y precioso: la crónica lacerante de algunos seres humanos que vieron su destino trastocado por el huracán de la historia”, nos dicen Maren Ulriksen y Marcelo Viñar en el “epílogo como prólogo” de este ensayo. Afirman los autores que, como individuos y como colectividad, tal vez el aprendizaje más radical de la década del horror ha sido el de un cambio en la relación con la creencia, en la construcción de lo que llamamos realidad. Así como uno de los legados más inquietantes de la dictadura es la “herencia perversa de aspirar a un saber unívoco y monolítico en el que la divergencia es percibida como detestable y el interlocutor se vuelve abominable y abusivamente un otro, extraño o enemigo... fracturas de memoria y pérdida de capacidad para admirar la alteridad. Lo heterogéneo como insportable, como contraste a la riqueza del diálogo controversial, definitorio del ser humano”.

La actualidad de este libro está dada por el hecho de que aún vivimos el tiempo de inscribir-significar el espanto y el terror; toda situación extrema requiere un largo trabajo de inscripción en la memoria para que *el olvido, indispensable y necesario, sea normal y fecundo, y no caiga en complicidad perversa con la impunidad.*



Maren Ulriksen y Marcelo Viñar, médicos y psicoanalistas, tienen numerosos artículos científicos publicados en revistas nacionales y extranjeras. Durante su exilio en Francia, Marcelo trabajó en la Clínica de La Chesnaie y dirigió la École de Psychiatrie Institutionnelle; Maren fue responsable, en el sector público, de un Equipo de psiquiatría de la infancia y adolescencia en Argenteuil, al norte de París.



IRREDENTOS ES UN PROYECTO EDITORIAL
DEL GRUPO DE ACCIÓN COMUNITARIA